

La Literatura en la literatura. Actas del XIII
simposio de la sociedad española de Literatura
general y comparada. Centro de estudios
Cervantinos 2004

DON QUIJOTE EN BORGES, O ALONSO QUIJANO Y YO

A lo largo de su obra, durante más de cincuenta años, Borges se refiere con regularidad a Cervantes y al *Quijote*, de tal manera que acabó constituyéndose un *corpus* de unos 23 textos (según mis pesquisas); se trata de los siguientes:

- «La conducta novelística de Cervantes» (15 de marzo de 1928, *Criterio*; *El idioma de los argentinos*¹)
- «La supersticiosa ética del lector» (enero-febrero de 1931, *Azul*; *Discusión*)
- «La postulación de la realidad» (junio de 1931, *Azul*; *Discusión*)
- «Una sentencia del Quijote» (1933; *Boletín de la Biblioteca Popular*; *Textos recobrados 1931-1955*)
- «Pierre Menard, autor del Quijote» (mayo de 1939, *Sur*; *Ficciones*)
- «Nota preliminar» a las *Novelas ejemplares* (1946, Emecé; *Prólogos con un prólogo de prólogos*)
- «Nota sobre el Quijote» (1947; *Realidad. Revista de ideas*, Buenos Aires; *Textos recobrados 1931-1955*)
- «Magias parciales del Quijote» (6 de noviembre de 1949; *La Nación*; *Otras inquisiciones*)
- «Prólogo» a Alberto Gerchunoff, *Retorno a Don Quijote* (1951, Editorial Sudamericana; *Prólogos con un prólogo de prólogos*)
- «Parábola de Cervantes y de Quijote» (marzo-abril de 1955, *Sur*; *El hacedor*)
- «Análisis del último capítulo del Quijote» (*Revista de la Universidad de Buenos Aires*; *Páginas de Jorge Luis Borges seleccionadas por el autor*, 1956)
- «Un problema» (1957, *La Biblioteca*; *El hacedor*)
- «Un soldado de Urbina» (marzo-abril de 1958, *Sur*; *El otro, el mismo*)
- «Lectores» (agosto de 1963, *Negro sobre blanco*; *El otro, el mismo*)
- «Sueña Alonso Quijano» (1972; *El oro de los tigres* y *La rosa profunda*)

¹ Remito sucesivamente a la publicación original (los datos provienen de Nicolás Helft, *Jorge Luis Borges. Bibliografía completa*) y al volumen donde ésta se recogió posteriormente. Las referencias completas de las ediciones manejadas aparecen en la bibliografía final.

- «Miguel de Cervantes» (1974; *El oro de los tigres*)
- «Ni siquiera soy polvo» (marzo de 1977, *Tribuna cultural; Historia de la noche*)
- «El libro» (19 de agosto de 1979, *La Nación; Borges, oral*)
- «La fama» (23 de agosto de 1979, *Clarín; La cifra*)
- «El acto del libro» (21 de mayo de 1981, *Clarín; La cifra*)
- «La trama» (1985; *Los conjurados*)
- «Alguien soñará» (1985; *Los conjurados*)

Cabe añadir una alusión en el epílogo de *Historia de la noche* (7 de octubre de 1977) y sobre todo «A Recovered Lecture of J. L. Borges on *Don Quixote* (Transcribed by Julio Ortega and Richard A. Gordon, Jr.)», publicada en la revista *Inti* (45, primavera de 1997; fecha de la conferencia sin indicar). En lo que se refiere a las innumerables entrevistas, las que he consultado no añaden nada a lo escrito².

Así pues, encontramos ensayos, notas circunstanciales, ficciones y poemas, en que el *Quijote* aparece bien como tema principal, bien, en el marco de una discusión sobre un tema distinto, como referencia desarrollada en mayor o menor medida (por ejemplo en «La postulación de la realidad»); a pesar de su presencia tan llamativa en el famoso «Pierre Menard, autor del Quijote», no pasa de ser utilizado como ejemplo ilustrativo.

Frente a este acervo cervantino o quijotesco (para Borges como para casi todos, Cervantes no es sino «el autor del *Quijote*»), conviene considerar dos cuestiones esenciales: por una parte, ¿cuáles son las modalidades, funciones o incluso motivaciones de la tematización directa o indirecta de Cervantes y del *Quijote*? Por otra parte, ¿cuál y de qué tipo podría ser la eventual aportación de Borges a la crítica cervantina?

En los ensayos dedicados al *Quijote*, Borges suele empezar declarando de manera polémica lo que el *Quijote* no es, para pasar luego a decir lo que es. Es así como en su primer ensayo sobre el tema («La conducta novelística de Cervantes», 1928) condena, por equivocados o «achicadores de lo leído» (123), dos tipos de lectura: en primer lugar, la paródica, según la cual la novela constituye una «pura parodia de los libros de caballería» (122); en segundo lugar, la alegórica, que interpreta a don Quijote y a Sancho como las encarnaciones de dos secciones de nuestra alma («la de la siempre desengañada generosidad y la de lo práctico» *-ibíd.*).

Aún estaba por venir la condena más importante, que aparece tres años más tarde en «La supersticiosa ética del lector»: la de la lectura estilística, que «le atribuye dones de estilo» en la «acepción acústico-decorativa de la palabra» o en el sentido unamuniano de «tecniquerías» (202).

Bien, pero ¿qué sería entonces el *Quijote*? Borges lo declara ya en «La conducta novelística de Cervantes»: «es la venerable y satisfactoria presentación de una gran persona, pormenorizada a través de doscientos trances, para que lo conozcamos mejor (...)» (123).

² Es también lo que se desprende del artículo bien informado pero poco interpretativo de Julio Rodríguez-Luis: «El *Quijote* según Borges».

Se trata de una convicción fundamental, que nunca cambiará, y que Borges ve demostrada por la universalidad misma de un libro cuyo encanto sobrevive a las peores traducciones: «Más vivo es el fantasma alemán o escandinavo o indostánico del Quijote que los ansiosos artificios verbales del estilista» («La supersticiosa ética del lector», 204).

El argumento es valioso, pero la convicción que viene a fundamentar parecerá probablemente tópica. Sin embargo, hay que ver que esta interpretación del *Quijote* como «presentación de una gran persona» se opone no sólo a la lectura alegórica antes denunciada, sino también a quienes ensalzan al supuesto «tipo universal». En «Nota sobre el *Quijote*», Borges observa con malicia que los celebrados «tipos universales» de don Quijote y Sancho en nuestra memoria «irían acompañados por Sherlock Holmes, por Chaplin, por Mickey Mouse y tal vez por Tarzán»; luego subraya que, «que los personajes de una novela asciendan (o decaigan) a mitos, depende casi tanto del ilustrador como del autor; también importa que no sean demasiado complejos...». Aquí está precisamente el mayor reproche a las lecturas alegóricas o mitificadoras: estriban en una simplificación culpable.

[...] lo que niego es la hipótesis monstruosa de que esos españoles, amigos nuestros, no sean gente de este mundo sino las dos mitades de un alma. El Sancho y el Quijote de la leyenda pueden ser abstracciones; no los del libro, que son individuales y complejísimos. (*ibid.*, p. 252)

En 1947, semejante puntualización podía ser valiosa, y sigue siendo útil en un contexto en que las lecturas simplificadoras —en especial las de inspiración romántica— constituyen aún para el gran público una especie de *vulgata* (o en todo caso, dentro de la tradición interpretativa, el paradigma de la interpretación «seria» contra la jocosa), pero parece dudoso el valor histórico que Borges pretende conferir al personaje cervantino: «Antes de Don Quijote, los héroes creados por el arte eran personajes propuestos a la piedad o a la admiración de los hombres; Don Quijote es el primero que merece y que gana su amistad»³.

En realidad, lo más interesante del discurso borgeano reside en las reflexiones sobre la naturaleza de la complejidad quijotesca, si bien nunca están desarrolladas de manera sistemática; desperdigadas, suelen además ser alusivas.

Borges considera a don Quijote como una especie de santo, en cuanto experimenta la «aventura contemplativa y extática de los santos»⁴. Esta valoración no deja de

³ Cf. también: el *Quijote* «es la primera y la más íntima de las novelas de caracteres» («Nota preliminar» a las *Novelas ejemplares*, p. 45).

⁴ En «La conducta novelística de Cervantes», donde Borges califica a Cervantes de «hagiógrafo», evocando la «casi santidad de Alonso Quijano» (123), para precisar más adelante: «Hay un lugar, patético, en que Don Quijote habla directamente de su locura y se sabe loco y lo dice. Es la aventura contemplativa y extática de los santos» (125). También en «Análisis del último capítulo del *Quijote*» apunta: «A esta altura de la novela don Quijote es para nosotros no sólo un amigo querido sino también un santo» (206).

ser sugerente (dentro de la misma perspectiva se podría añadir que don Quijote participa también del tipo del visionario martirizado por su fe) e implica, amén de una especial riqueza del personaje, la ambigüedad del mismo: de los santos, al igual que de los «idiotas» (pienso en el protagonista crístico de Dostoievski), nunca queda claro si son tontos o inteligentes, locos o sabios. En el caso que nos interesa, la ambigüedad intrínseca del protagonista se refuerza con «lo desaforado del método» (para convencernos de dicha santidad), esto es: la «conducta novelística» «tan deliberadamente paradójica y arriesgada» del autor: «Cervantes teje y desteje la admirabilidad de su personaje. Imperturbable, como quien no quiere la cosa, lo levanta a semidiós en nuestra conciencia, a fuerza de sumarias relaciones de su virtud y de encarnizadas malandanzas, calumnias, omisiones, postergaciones, incapacidades, soledades y cobardías» («La conducta novelística de Cervantes», pp. 123-4). Además, apunta que Cervantes va más lejos aún, al atribuir a su personaje rasgos antipáticos por los que podríamos «perderle cariño» (*ibid.*, p. 124); así en la odiosa insinuación de envidia que Borges descubre en los famosos consejos de don Quijote al Sancho gobernador. Este tipo de riesgo o de «valentía» se debería a la confianza de Cervantes en la «invulnerabilidad central de su héroe», que sería, pues, la que paradójicamente permite la caracterización crítica o incluso despiadada.

Esa ambigüedad del personaje se vería confirmada por la dificultad de prever el comportamiento del mismo. Es lo que demuestra Borges en el pequeño texto titulado «Un problema» (1957, *La Biblioteca; El hacedor*), donde se nos invita a «adivinar, o conjeturar, cómo reacciona don Quijote» al descubrir «que ha dado muerte a un hombre». Está claro que, de haberse planteado en la novela semejante encrucijada, el suceso y sobre todo la reacción del protagonista hubieran contribuido poderosamente a definirlo. De hecho, la hipótesis, tan pertinente como esencial, vale de por sí, y obliga a profundizar en el personaje. Por su parte, Borges contempla tres posibilidades verosímiles (y una «ajena al orbe español y aun al orbe del Occidente», sobre la que volveré); el fragmento merece ser citado:

La primera es de índole negativa; nada especial ocurre, porque en el mundo alucinatorio de Don Quijote la muerte no es menos común que la magia y haber matado a un hombre no tiene por qué perturbar a quien se bate, o cree batirse, con endriagos y encantadores. La segunda es patética. Don Quijote no logró jamás olvidar que era una proyección de Alonso Quijano, lector de historias fabulosas; ver la muerte, comprender que un sueño lo ha llevado a la culpa de Caín, lo despierta de su consentida locura acaso para siempre. La tercera es quizá la más verosímil. Muerto aquel hombre, Don Quijote no puede admitir que el acto tremendo es obra de un delirio; la realidad del efecto le hace presuponer una pareja realidad de la causa y Don Quijote no saldrá nunca de su locura. (172)

La primera posibilidad hubiera rematado la figura del loco, y vedado quizás la evolución posterior que conocemos; las otras dos son aparentemente contrarias, pero igual de patéticas. Las tres resultan efectivamente verosímiles (pero quizás no si-

multáneamente, en el mismo punto de la historia), revelando la «complejidad» —es decir, la sabia indefinición— del protagonista.

Indirectamente, «Un problema» ilustra otra complejidad de don Quijote, que comparte con cualquier criatura ficticia impactante. Borges rechaza la idea de que se trate simplemente de «strings of words» (lo que sostendría la crítica semiológica): don Quijote cobra tanta vida que su ser no se limita a lo que se nos comunica de él, y no resulta nada absurdo preguntarse por los aspectos que desconocemos⁵. De ahí también que Borges pueda considerar a Don Quijote como un verdadero amigo, y declare: «I always think that one of the quite happy things that have occurred to me in my life is having become acquainted with Don Quixote». (*ibid.*, p. 133).

Una declaración como ésta, formulada de manera ingeniosa y paradójica pero en el fondo muy seria, plantea la cuestión inquietante de la diferencia entre los amigos procedentes de la ficción y los que pertenecen a la supuesta realidad⁶. Lo cierto es que, una vez que dejamos de tener una experiencia directa de los de «carne y hueso», todos tienden a igualarse en la memoria⁷. En el caso del *Quijote*, la cuestión se hace especialmente apremiante puesto que, en palabras del mismo Borges, «Cervantes se complace en confundir lo objetivo y lo subjetivo, el mundo del lector y el mundo del libro»⁸; este «juego de extrañas ambigüedades» inspira una de las famosas —pero no siempre tan persuasivas como aquí— reflexiones de Borges:

¿Por qué nos inquieta que Don Quijote sea lector del *Quijote*, y Hamlet, espectador de *Hamlet*? Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios («Magias parciales del *Quijote*»; II, 47)

Interpretación típicamente borgeana —por su forma (de la literatura a la metafísica) y por su contenido (idealista; si bien enlaza con la metafísica barroca)—, que además, otra vez de manera muy borgeana (piénsese en «Kafka y sus precursores», en *Otras inquisiciones*), convierte a Cervantes en un precursor de Borges⁹. Es este tipo de interpretación metafísica el que inspiraba la cuarta conjetura ofrecida en «Un problema»:

⁵ Cf. «A Recovered Lecture of J.L. Borges on *Don Quixote*: «when we think, let's say, about Don Quixote [...] or Lord Jim, and so on, we are surely not thinking of strings of words. [...] When we meet with a real character in fiction, then we know that he exists beyond the world that created him. We know that there are hundreds of things that we do not know, and yet that somehow exist». (128).

⁶ Cf. «We might as well say that our friends are made of strings of words and, of course, of visual perceptions». (*ibid.*, 128).

⁷ Borges recalcó también el hecho a propósito de la diferencia entre Historia y ficción: «a la larga todo es memoria, todo es fábula»; «igualmente reales —o irreales— son Hamlet y Julio César» (*Borges en la Escuela Freudiana de Buenos Aires*, 71).

⁸ Borges practica el mismo juego en «Sueña Alonso Quijano» (*El oro de los tigres*, 1972): «El hidalgo fue un sueño de Cervantes / Y don Quijote un sueño del hidalgo. / El doble sueño los confunde y algo / Está pasando que pasó mucho antes. / Quijano duerme y sueña. Una batalla: / Los mares de Lepanto y la metralla». (94).

⁹ Sobre este tema, véase Lelia Madrid, *Cervantes y Borges: la inversión de los signos*.

Don Quijote (...) intuye ante el cadáver del enemigo que matar y engendrar son actos divinos o mágicos que notoriamente trascienden la condición humana. Sabe que el muerto es ilusorio como lo son la espada sangrienta que le pesa en la mano y él mismo y toda su vida pretérita y los vastos dioses y el universo.

Un último componente de la complejidad de don Quijote radica en el hecho de que constituya un doble o *alter ego* de Alonso Quijano, personaje que en los poemas pasa a ser el verdadero protagonista. «Ni siquiera soy polvo» (1977), monólogo y oración, representa una indagación psicológica al mismo tiempo que una nueva ilustración de la naturaleza misteriosa del personaje ficticio:

No quiero ser quien soy. La avara suerte
 (...)

Mís sueños lo divisan. Lo he sentido
 A veces en mi triste carne célibe.
 (...)

Seré ese paladín. Seré mi sueño.
 (...)

Ni siquiera soy polvo. Soy un sueño
 (...)

Para que yo pueda soñar al otro
 Cuya verde memoria será parte
 De los días del hombre, te suplico:
 Mí Dios, mi soñador, sigue soñándose.

«Ni siquiera es polvo», y nos conmueve... Observemos que se trata de una variación ficticia con respecto al *Quijote*: se supone aquí que don Quijote no es sino un sueño de Alonso Quijano, que en realidad nunca salió de su casa¹⁰. De esta manera, Alonso Quijano se convierte en una rica figura simbólica: la del hombre que, insatisfecho de su «avara suerte», sueña una vida más satisfactoria, pero es un soñador soñado (otra vez la perspectiva idealista y su angustia –recuérdese «Las ruinas circulares»); la del escritor –y del lector– que vive aventuras imaginarias sin salir de su biblioteca... Dicha variación representa sin duda una apropiación, pero no deja de ser sugerente; aparecía ya en un poema anterior en 14 años («Lectores»), que además desvela la razón muy profunda de la atracción por la figura de Alonso Quijano - don Quijote:

¹⁰ Quizás el lector haya observado ya dicha variación en el fragmento citado de «Un problema». Con respecto al esquema de la aventura posiblemente soñada, conviene acordarse también de un relato cuyo componente autobiográfico (pero desde otro enfoque) Borges destacó en varias ocasiones: «El sur» (en *Ficciones*).

«De aquel hidalgo de cetrina y seca
 Tez y de heroico afán se conjetura
 Que, en víspera perpetua de aventura,
 No salió nunca de su biblioteca.
 (...)»
 Tal es también mi suerte (...)»

Así pues, se explicita la identificación con Alonso Quijano y el valor simbólico del mismo. Simboliza al escritor en general, pero en especial la suerte de Borges, que soñó cuentos de cuchilleros en el sedentario sillón, infiel al destino épico de sus antepasados... Hay que recordar que Borges estaba íntimamente preocupado por el tema tradicional y cervantino de las armas y las letras, y su dedicación exclusiva a las minucias literarias no acabó de convencerlo¹¹. Por eso, Alonso Quijano se convierte en un espejo que favorece la autocrítica, y apunta a cierta mala conciencia. Es significativo que esta lectura autobiográfica se manifieste especialmente en los poemas, y posteriores a los 60 años. A partir de ahí la identificación y la zozobra íntima volverán a declararse: «¿Me será permitido repetir que la biblioteca de mi padre ha sido el hecho capital de mi vida? La verdad es que nunca he salido de ella, como no salió nunca de la suya Alonso Quijano» (Epílogo de *Historia de la noche*, 7 de octubre de 1977); o también: «Ser Alonso Quijano y no atreverme a ser don Quijote» («La fama», 23 de agosto de 1979, *Clarín*; *La cifra*)¹².

Resulta, pues, que ya no estamos en la interpretación del *Quijote* sino en la autointerpretación a partir de la pareja Quijano-Quijote, que a Borges desde luego le interesa mucho más que la de Don Quijote y Sancho. Cabe sospechar que en ella radica la motivación más profunda de la atracción de Borges hacia el *Quijote*. Se manifestaba ya en un texto poco difundido de 1956, «Análisis del último capítulo del *Quijote*», que se fija en la renuncia última de don Quijote-Alonso Quijano para pasar a interpretarla en términos metaliterarios:

Está bien que ahora, ante esta aventura de lucidez, ante esta aventura final que es más tremenda que las otras, [Alonso Quijano] se muestre como siempre valiente. [...] ahora sabe que toda su vida ha sido un engaño y no siente miedo. [...] Cervantes, al escribir estas líneas, pudo pensar que también él estaba cerca de la muerte y que más le hubiera valido escribir libros de devoción y no de arbitraria ficción. Don Quijote se despide de sus fantásticas lecturas y viene a ser una proyección de Cervantes que se despide de su novela, también fantástica». (207)

¹¹ Este aspecto está desarrollado en el segundo capítulo de mi estudio *Borges y los poderes de la literatura*.

¹² Sin embargo, en sus años finales, cuando parece haber dado con cierta felicidad, Borges considerará la misma situación de manera positiva: «¿Qué soñará el indescifrable futuro? Soñará que Alonso Quijano puede ser don Quijote sin dejar su aldea y sus libros. Soñará (...) La vida no es un sueño pero puede llegar a ser un sueño, escribe Novalis» («Alguien soñará», 1985; *Los conjurados*).

Por lo pronto, dos aspectos deben ser recalcados. En primer lugar, Alonso Quijano (o don Quijote: en este trance vuelven a coincidir) adquiere un nuevo valor simbólico, que prolonga y patetiza los que vimos: se le revela su errancia existencial y asume con valentía su error, convirtiéndose en un héroe del conocimiento (que es otra forma de santidad). En segundo lugar, la interpretación autobiográfica de Alonso Quijano/don Quijote desemboca en una interpretación biográfica (Alonso Quijano/don Quijote como proyección de Cervantes), que no hace sino confirmar y estrechar los valores simbólicos de aquélla.

Conviene terminar considerando brevemente la cuestión de la eventual aportación de Borges a la crítica cervantina. A estas alturas, vista la extensísima bibliografía sobre el *Quijote*, es evidentemente difícil que Borges enseñe algo a los cervantistas, pero especialmente en cuanto sus consideraciones debieron de contribuir a nutrir aquélla. En efecto, hay que subrayar la especificidad de la crítica borgeana, de por sí muy distinta de la de los especialistas. Se trata de un tipo de lectura meditativa que explora las virtualidades del texto (¿qué cervantista escribió algo parecido a «Un problema»?) o ahonda en las causas de la fascinación que ejerce (de manera señalada en sus «magias parciales»). Por otra parte, lo relaciona explícita o implícitamente con una problemática propia, confiriéndole nuevas connotaciones y resonancias. Todo ello de una manera tan personal que, es cierto, la crítica cervantina de Borges interesa sobre todo por lo que revela no de Cervantes, sino del mismo Borges.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRENECHEA, Ana María. «Cervantes y Borges», en *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges y otros ensayos*, Buenos Aires: Ediciones del Cifrado, 2000, pp. 405-417.
- BORGES, Jorge Luis. *Borges en la Escuela Freudiana de Buenos Aires*, Buenos Aires: Agalma, 1993.
- *Borges, oral*, en *Obras completas*, IV.
 - *Discusión*, en *Obras completas*, I.
 - *El hacedor*, en *Obras completas*, II.
 - *El idioma de los argentinos*, Madrid: Alianza Editorial («Biblioteca Borges»), 1998.
 - *El otro, el mismo*, en *Obras completas*, II.
 - *El oro de los tigres*, en *Obras completas*, II.
 - *Ficciones*, en *Obras completas*, I.
 - *Historia de la noche*, en *Obras completas*, III.
 - *La cifra*, en *Obras completas*, III.
 - *Los conjurados*, en *Obras completas*, III.
 - *Obras completas*, Barcelona: Emecé, 1989 (vols. 1, 2, 3) y 1996 (vol. 4).
 - *Otras inquisiciones*, en *Obras completas*, II.

-
- . *Páginas de Jorge Luis Borges seleccionadas por el autor*, Buenos Aires: Celtia, 1982.
- . *Prólogos con un prólogo de prólogos*, en *Obras completas*, IV.
- . *Textos recobrados (1931-1955)*, Buenos Aires: Emecé, 2002.
- HELFT, Nicolás. *Jorge Luis Borges. Bibliografía completa*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1997).
- LEFERE, Robin. *Borges y los poderes de la literatura*, Bern: Peter Lang, 1998.
- MADRID, Lelia. *Cervantes y Borges: la inversión de los signos*. Madrid: Pliegos, 1987.
- OLEA FRANCO, Rafael. «La lección de Cervantes en Borges», *Inti*, 45 (primavera de 1997), pp. 97-103.
- RODRÍGUEZ-LUIS, Julio. «El *Quijote* según Borges», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXVI, 1988, pp. 476-500.
- . «Nota adicional sobre Borges y el *Quijote*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXXIX, 1991, pp. 1067-1070.

ROBIN LEFERE
Universidad Libre de Bruselas